

Cuestiones de intersubjetividad. Ego y Alter-ego: el hombre como un Ser ontológicamente intersubjetivo. Reflexiones sobre la filosofía de Husserl.

Sara Fumagalli

PREMISA

Pensando en la temática de la jornadas organizadas en la universidad de La Plata, tituladas: *Europa y Argentina: transcripción y fenómenos culturales*, escuchando el debate presentado en Freiburg en noviembre 2006 titulado: *Migrations et transcriptions: Europe et Amérique latine de voies en voix* me he dado cuenta que quizás la filosofía podría contribuir a estas búsquedas sociales, literarias y filológicas, como una cornisa donde situar las diferentes teorías de las migraciones, del encuentro faltado entre los hombres, encuentro que se ha buscado en diferentes formas de arte: el tango, el teatro de avanguardia, la literatura, en una palabra en la cultura que se formó y nació de estas formas de rebelión y de malestar social.

También la fenomenología, corriente filosófica fundada por Edmund Husserl, trae origen de la conciencia de una manera ingenua de hacer filosofía. Nace de una crítica, una destrucción radical de los saberes que al final se vuelven a construir sobre un fundamento cierto.

Lo que interesa aquí es que el filósofo Edmund Husserl se preguntó de donde llega el otro-de-mi-mismo, como se constituye el hombre; y la dimensión en la que se sitúan los otros es así importante de constituir la etapa final del camino filosófico husserliano: la *Lebenswelt*.

Igual que estamos de acuerdo o menos con las conclusiones husserlianas, su tematización de la intersubjetividad nos impone reflejar sobre la dimensión ontológica del hombre y del otro, con todos los problemas y las conquistas que de eso consiguen.



Desde que los filósofos empezaron a preguntarse “¿Que es el sujeto?” y “¿Como el sujeto hace experiencia del mundo?” i.e. desde la *revolución copernicana* de Kant, que ha puesto en el centro de las investigaciones filosóficas al hombre con sus diferentes experiencias de percepciones del objeto, o sea, del mundo externo que se quiere investigar, incluso los otros hombres que viven en el mismo mundo, ya no es posible pensar al hombre, y tampoco al filósofo, aislado en su *turre eburnia*.

El hombre a partir del lenguaje hasta su concepto y su cuerpo es un ser intrínsecamente intersubjetivo: esa es la única dimensión que permite pensar la existencia de un mundo de validaciones universales (la *Lebenswelt* en la filosofía de Husserl).

La tematización de la intersubjetividad en Husserl me parece un ejemplo muy claro e interesante de como el otro se constituye primariamente en la conciencia subjetiva de cada hombre y mantiene por eso una doble dimensión de alteridad y de comunidad en el mismo tiempo.

El 23 y 24 de febrero de 1929 Edmund Husserl dicta en París dos conferencias sobre el sentido y la esencia de su propia fenomenología, tituladas: *Einleitung in die transzendente Phänomenologie*. Los asuntos de aquellas conferencias fueron después publicadas en el volumen *Méditations Cartésiennes* en el 1931.

No es una casualidad que Husserl elige como escenario para su ponencia el l'Amphithéâtre Descartes de la Sorbona. En efecto es el filósofo Descartes que Husserl define como el “patriarca” de la fenomenología. Las líneas fundamentales de la filosofía husserliana empiezan desde las *Meditationes de prima philosophia* de Descartes, en particular comienzan desde la duda radical cartesiana. Pero sólo es un punto de partida.

En el propósito de constituir un saber rigurosamente fundado y cierto se necesita establecer la epoché fenomenológica, o sea, se empieza desde la remoción total de mis prejuicios mundanos, de mis saberes, del mundo y de mi misma existencia en él para descubrir que quedaría de verdaderamente cierto:

La *èpokhe* es, así también puede decirse, el método radical y universal por medio del cual yo me capto puramente como yo, y con mi propia vida pura de conciencia en la cual y por la cual es para mí el entero mundo objetivo y tal como el es precisamente para mí.¹

Es con este primer paso que se cumple el regreso al *ego cogito* y que empieza a constituirse el solus-ipse junto en un mundo circunstante válido porque adquiere sentido a partir del sujeto transcendentamente reducido:

Yo no puedo vivir, experimentar, pensar, valorar y obrar dentro de ningún otro mundo que no sea éste que en mí y de mí mismo posee sentido y validez. Si yo me pongo a mí mismo por encima de toda esta vida y me abstengo de llevar a cabo cualquier creencia de ser que tome *al mundo* directamente como algo existente, si dirijo exclusivamente mi mirada a esta vida misma, en cuanto conciencia *del* mundo, entonces me gano a mí mismo como ego puro con la corriente pura de mis *cogitaciones*.²

Gracias a la conversión “trascendental” se puede empezar de nuevo la filosofía a partir del yo que:

[...] medita fenomenológicamente y que puede así llegar a ser *espectador desinteresado* de sí mismo e incluso de toda objetividad que es para él, y tal como ésta es para él. Es claro que puede decirse que yo, en cuanto yo de la actitud natural, soy también y en todo momento yo trascendental, pero que se acerca de ello tan sólo al llevar a cabo la reducción fenomenológica.³

¹ Edmund Husserl, *Meditaciones cartesianas*, Ediciones Paulinas, Madrid 1979, p. 58-59

² *Ob. cit.*, p. 59.

³ *Ob. cit.*, p. 82.

Después de haber obtenido la certeza de sí mismo, y de ser, entonces, una vez establecido en la dimensión de la subjetividad trascendental, se presentará el problema de como salir del solipsismo, ya que las antecedentes reducciones han reducido el “otro” al “propio”, y en general el mundo a la esfera de mi conciencia.

¿Como el ego encontrará el alter-ego?

¿Como el solus ipse podría encontrar el otro-de-si mismo?

El problema se resolverá con la constatación de que:

Mi *ego*, dado a mí mismo apodícticamente – lo único que yo puedo poner con absoluta apodicticidad como existente - sólo puede ser *a priori* un *ego* que experimenta al mundo en cuanto está en comunidad con otros semejantes y es miembro de una comunidad de mónadas dada, orientada a partir de él.

La consecuente justificación del mundo objetivo de la experiencia implica la consecuente justificación por sí mismas de las otras mónadas como existentes. Inversamente, yo no puedo concebir una pluralidad de mónadas sino como una pluralidad implícita o explícitamente comunizada; esto involucra una pluralidad de mónadas que constituye en si un mundo objetivo y que se espacializa, se temporaliza, se realiza ella misma en ese mundo – como seres animales y, en particular, como seres humanos-.⁴

Delante de un mismo paisaje dos diferentes “yo” tendrán de seguro percepciones diferentes del idéntico panorama; sin embargo, el hecho de que el primer “yo” podría substituirse en el segundo “yo” ocupando la posición, mudándose de puesto, e igualmente encontrarse delante del mismo horizonte, y gracias a la empatía, sentir las mismas condiciones de ánimo, nos atestigua que:

Por tanto, sólo puede haber en realidad una única comunidad de monadas, la comunidad de todas las mónadas coexistentes; según ello, sólo puede haber un único mundo objetivo, un unico tiempo

⁴ *Ob. cit.*, p. 212.

objetivo, un solo espacio objetivo, sólo una naturaleza; y *tiene que* haber esa naturaleza una y única, si es que en general hay en mí estructuras que implican la coexistencia de las otras mónadas.⁵

Por consiguiente, hemos llegado a la última etapa del camino trascendental husserliano: la de la intersubjetividad. La experiencia inmanente abierta al comienzo de la epoché fenomenológica tiene que hacerse trascendental y para hacer esto tiene que tematizar también el alter-ego que se constituye, como cada *fenómeno* externo, en la esfera del ego-cogito. Es en la quinta meditación cartesiana titulada de hecho: *Descubrimiento de la esfera del ser trascendental como intersubjetividad monadológica* que se asiste a la constitución de un mundo intersubjetivo:

[...] yo tengo experiencia de los otros, en cuanto otros que realmente son, en las multiplicidades variables y concordantes de la experiencia y, por una parte, los experimento como objetos del mundo, no como meras cosas naturales (si bien, en algún respecto, también como tales cosas).⁶

Es en este punto, con la constitución de la *Lebenswelt*, o sea del mundo común a todas la humanidad, que se puede reconocer al ser entendido como “un conocimiento universal de sí mismo, y que ella abarca toda ciencia auténtica y responsable de sí misma”⁷; o además como “conocimiento universal de sí mismo”⁸.

Es interesante notar que la esfera del alter-ego, como ya dice la misma palabra, se constituye dentro del ego-cogito, adquiere valor a partir de eso:

[...] el segundo *ego* no está ahí simplemente, ni es estrictamente dado en sí mismo; sino que es constituido como *alter ego*, y el *ego* que designa la expresión *alter ego* como uno de sus momentos soy yo mismo en mi propiedad. El *otro*, según su sentido constituido, remite a mí mismo. El otro es reflejo

⁵ *Ob. cit.*, p. 213

⁶ *Ob. cit.*, p. 152.

⁷ *Ob. cit.*, p. 234.

⁸ *Ob. cit.*, p. 233.

de mí mismo y, sin embargo, no es estrictamente reflejo; es un *analogon* de mí mismo y, sin embargo, no es un *analogon* en el sentido habitual.⁹

Husserl ha pensado la conjugación entre los sujetos, entre ellos y el mundo, de la forma más paradójica, reconduciendo la experiencia intersubjetiva a la conciencia individual y declarando que sólo con los otros y sólo en el mundo el sujeto se concreta. Entre el yo y el mundo, también en forma de comunidad con los otros sujetos, se instituye un vínculo elástico, frágil, pero imprescindible, que pone constantemente en juego el sujeto en el ejercicio de la *epoché*. Transformación fenomenológica de la metafísica, aquel ser en camino que es al mismo tiempo camino del ser, temporalidad fluente que recoge el sujeto trascendental y la existencia concreta del hombre.

Como un multiplicador de velocidad, la mónada consciente pasa de una situación a la otra, del yo al otro con una facilidad mayor con respecto a la lentitud del movimiento del *ego* cartesiano. En Husserl el concepto de mónada se carga de una valencia de autonomía, de espontaneidad y capacidad de obrar en el mundo. Situándose en la dinámica de la intersubjetividad, la mónada llega a ser sinónimo del yo en su completa concreción: centro de funciones y apertura hacia la alteridad.

A la luz de ese encuentro con el alter-ego, que se ocultaba inconscientemente en el ego, y en la consiguiente llegada a la *Lebenswelt*, como mundo de validaciones universales, la fenomenología trascendental entrega un nuevo sentido a las palabras de Agustín, palabras que Husserl pronuncia como conclusión de sus conferencias parisienses:

Nolis foras ire, dice san Agustín, in te redi, in interiore homine habitat veritas.

Y nosotros podríamos decir juntos a Husserl que habita también el encuentro con el otro.

⁹ *Ob. cit.*, p. 156-157.

